# DEL ALCOHOL A LA MARIHUANA

Escribe:

IGNACIO MARTIN BARO

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

## INTRODUCCION

La toxicomanía o, como se suele decir actualmente con un anglicismo, la adicción, no es un problema de hoy. Lo que quizá sí es propio de hoy son las dimensiones y características peculiares de la toxicomanía. Es sabido que, entre las tribus precolombinas, era muy frecuente el consumo de drogas —eso sí, regulado por costumbres y tradiciones. Y si, salvados ciertos prejuicios defensivos, contemplamos con ojos ingenuos nuestra sociedad actual, llegaremos a la conclusión de que también hoy la toxicomanía es una costumbre. Pero para comprender esto tenemos que lavar nuestros ojos y contemplar con objetividad el fenómeno del consumo del alcohol. El alcohol es ciertamente una droga, cuyos estragos ningún investigador se ha atrevido a evaluar con precisión. Pero se trata de una droga no sólo permitida socialmente, sino recomendada y avalada por la aquiescencia social. Abramos un periódico o una revista, sentémonos ante el televisor, escuchemos nuestro transistor, y tendremos la oportunidad de oir las alabanzas de tal o cual licor. El fisco público sabe que tiene en el alcohol una fuente de ingresos realmente excepcional, y nadie se atreverá a dar una fiesta o celebrar algún acontecimiento si antes no ha hecho el debido acopio de bebidas alcohólicas. Todo esto no sólo no produce escándalo, sino que se toma como algo lógico y natural... en tanto las consecuencias del alcohol no afectan directamente nuestro hogar, sea a través de un accidente de circulación estúpido, sea por la presencia de un alcohólico en nuestra familia. Y aun entonces la "buena conciencia" social nos impide ver todas las raíces del asunto. En el fondo, nuestra sociedad es "adicta" al alcohol, y está dispuesta a pagar el tributo de su toxicomanía.

Lo que decimos del alcohol, aun cuando a menor escala y a un nivel de países más "desarrollados", podríamos decir de los somníferos y estimulantes, que constituyen hoy día uno de los negocios más lucrativos en la línea de los fármacos. Algún suicidio famoso, ciertos "best-sellers" y algunos estudios aislados suenan de vez en cuando como un timbre de atención sobre la loca carrera emprendida, pero no pasan de ser "voces en el desierto". También en este aspecto la sociedad está dispuesta a aceptar la toxicomanía y su tributo, con tal de poder gozar de los dudosos beneficios estabilizadores que le proporciona.

Mas, si esto es así, ¿por qué el monumental escándalo actual por el consumo de la marihuana? ¿A qué se debe que papá y mamá consideren lógico que su hijo de dieciséis o dieciocho años se tome "un par de tragos" o "unas cervezas", pero se rasguen las vestiduras si le encuentran fumando un cigarrillo de "yerba"? ¿Por qué para conseguir un frasco de anfetaminas basta con ir a la farmacia, y para conseguir "el monte" hay que acudir al mercado negro? ¿Qué motivos impulsan a la policía a constituir una comisión especial encargada de controlar y castigar a los consumidores de marihuana mientras ellos mismos distribuyen en sus cooperativas —libres de impuestos, por cierto— los licores más refinados? Estas preguntas plantean un problema al psicólogo social, un problema al que no se puede responder con lugares comunes. La literatura barata sobre las drogas es tanta, tan desbocado el sensacionalismo periodístico, y tan pocos los estudios



Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

experimentales o las reflexiones serias, que es muy difícil mantener la ecuanimidad a la hora de emitir un juicio. Pero la psicología social debe examinar estas valoraciones aparentemente contradictorias y emitir un dictamen lo más objetivo posible.

## 1. LAS DROGAS.

Podemos definir una droga como "cualquier sustancia química que altera el estado de ánimo, la percepción o el conocimiento y de la que se abusa con un aparente perjuicio para la sociedad".[1] Existen, por tanto, tres parámetros básicos en el problema de las drogas: el fisiológico, el psicológico y el social.

Ahora bien, hay muchos tipos de drogas: desde el alcohol y la nicotina hasta el LSD, pasando por los opiáceos y las anfetaminas, se da una amplia gama de variaciones en los tres parámetros. Tanto los efectos fisiológicos como los psicológicos, así como el impacto social y las consideraciones médicas y legales hacen que sea absurdo hablar de las drogas de un modo genérico. Peter Laurie, quien ha escrito una de las divulgaciones más serias sobre este problema, reune las drogas más comunes en cuatro grandes grupos, tomando a la heroína como arquetípica: los opiáceos (el opio y sus alcaloides derivados, como la morfina, la papaverina y la heroína), los somníferos (barbitúricos), los estimulantes (anfetaminas) y los alucinógenos (la marihuana y el LSD sobre todo). Laurie excluye expresamente el alcohol "ya que nuestra sociedad depende de él, y, como parece haberlo demostrado la Ley Seca, su ausencia forzosa perjudica más todavía que su presencia legal".[2]

Nuestro estudio se va a limitar a la marihuana, con referencias ocasionales al LSD por un lado, y al alcohol por otro. La marihuana y el LSD se encuentran unidos en la mente popular y se considera que no son sino dos escalones de un mismo proceso, a lo cual ha ayudado no poco el movimiento "profético-místico" de Timothy Leary y Allen Ginzberg, ciertas colonias hippies y la falta de estudios y divulgaciones serias.

La **marihuana** procede de las plantas femeninas del cáñamo índico (**Cannabis sativa**), y sus elementos intoxicantes se encuentran en una especie de resina pegajosa que destilan sobre todo las flores superiores de la planta. Cuando se usa sólo la resina, se conoce con el nombre de **hachís.** La marihuana incluye una mezcla de hojas y flores, a la que a veces se añaden otros ingredientes. La actividad farmacológica de la marihuana varía bastante, según de qué parte de la planta se haya elaborado. La que se fuma en nuestros países es, por lo general, bastante débil. Crece en sitios calientes y también se cultiva para producir fibra de cáñamo.

El LSD o dietilamida del ácido lisérgico es un compuesto sintético, cuyos efectos alucinógenos fueron descubiertos casualmente por Hofman. Vulgarmente se le conoce como "el ácido" y todavía no se ha podido encontrar en la naturaleza.

Podemos definir la toxicomanía o adición como la **dependencia de un individuo con respecto a una droga.** Ahora bien, hay que distinguir dos aspectos en la toxicomanía, o dos tipos de dependencia —aspectos que no siempre van necesariamente unidos: el fisiológico y el psicológico. Se da una adición fisiológica cuando el individuo llega a tener una necesidad

1. LAURIE, PETER: **Las drogas.** Alianza Editorial, Madrid, 1969, pg. 11.
2. LAURIE: **Op. cit., pg. 11.**



Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

fisiológica de la droga, es decir, cuando el organismo mismo se acostumbra a actuar bajo el efecto de la nueva sustancia química y sufre trastornos en su funcionamiento si no se le suministra. Hablando de una manera analógica, diríamos que la droga pasa a constituir una especie de hormona o vitamina necesaria para el funcionamiento "normal" del organismo. Se da adicción psicológica cuando el individuo experimenta la necesidad de la estimulación sensorial que le proporciona la droga. Esta necesidad no es de orden fisiológico, es decir, el organismo no exige la nueva sustancia química para funcionar normalmente, pero el psiquismo se siente desamparado sin ella: la necesita para su seguridad y tranquilidad, para vencer su ansiedad o superar sus temores. Diríamos que cuando se da dependencia psicológica el psiquismo del individuo depende de la droga como un cojo depende de su bastón: ni uno ni otro pueden "caminar" bien sin ellos.

Emplearemos la palabra adición para expresar la dependencia fisiológica, y la palabra habituación para expresar la dependencia psicológica. Es evidente que las personas y las sociedades no sólo se habitúan a las drogas; existen multitud de dependencias psicológicas, lazos que nos ligan a ciertas experiencias, cosas, imágenes, símbolos, rituales, etc. y que constituyen los puntos de apoyo —los bastones— que dan estabilidad a nuestras vidas. La alienación constituye en el fondo un síndrome de habituaciones, sancionado positivamente por la sociedad establecida.

Cuando se habla de drogas, se suele insistir mucho más en los peligros de la adicción que en los de la habituación. Se piensa que un hábito es algo así como un vestido que uno se puede poner y quitar a voluntad, lo que constituye un craso error. Si queremos apreciar —así sea de una manera meramente anecdótica— la fuerza de un hábito a la droga, pensemos en la habituación al cigarrillo, tan asentada en nuestra sociedad y que, hasta el momento, ha hecho fracasar todas las campañas montadas contra ella, incluso a nivel internacional. ¿Qué fumador no ha intentado en alguna ocasión abandonar el cigarrillo? El malestar físico producido por la abstinencia es mínimo; muy a menudo se experimenta como un constante apetito, que poco a poco va estabilizándose, hasta desaparecer al cabo de unas tres o cuatro semanas. Entonces el individuo se siente más fuerte, más lúcido, respirando a pulmones llenos. Sin embargo, la habituación no desaparece: el fumador sin cigarrillo contempla volutas de humo por todas partes, experimenta la necesidad de su apoyo, el ritual de encenderlo y mantenerlo entre los dedos... Y, a no ser que exista una fuerte prohibición médica, la imposibilidad material de obtenerlo o algún otro motivo grave, el fumador volverá al cigarrillo. La habituación es más fuerte que la voluntad, a lo cual no es ajeno el juego de motivaciones inconscientes.

Los efectos de las drogas son dobles: por un lado físicos, por otro psíquicos. Aunque la adicción y la habituación se relacionan con estos efectos, no existe una correlación estricta entre efectos físicos y adicción por una parte, y efectos psíquicos y habituación por otra. La adicción depende más bien de la tolerancia del organismo con respecto a una determinada droga. Se habla de **tolerancia** cuando el organismo se acostumbra a la droga y exige cada vez una cantidad mayor a fin de "evitar los síntomas de abstinencia o para alcanzar la misma intensidad de efectos"[3].

Veamos, en primer lugar, los **efectos que produce la marihuana:**

3 LAURIE: **Op. cit., pg. 12.**



Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

a. **Físicos:** No parece que tenga ningún efecto serio en el funcionamiento del sistema motor. Aumenta moderadamente el ritmo cardíaco, dilata los vasos sanguíneos de la membrana conjuntiva y disminuye la temperatura del cuerpo. Fuera de ello, no existe suficiente evidencia experimental como para afirmar con certeza otros efectos físicos de la marihuana. En uno de los pocos estudios experimentales llevados a cabo, Weil, Zinberg y Nelsen llegaron a la conclusión de que la marihuana hacía bajar el rendimiento en pruebas intelectuales y psicomotoras a personas que nunca la habían fumado, pero no afectaba el rendimiento de los habituados a su uso, y hasta parecía mejorarlo levemente.[4] La conclusión a que llegan estos autores es que la marihuana "parece ser un intoxicante relativamente suave".[5]

b. **Psíquicos:** Los efectos psíquicos que puede producir la marihuana son muy variables, de acuerdo más que con la cantidad ingerida, con la disposición del fumador, su experiencia o inexperiencia con la droga y el ambiente en que se consume. Así, el estudio antes citado afirma que "muchos, si no la mayoría de la gente no se 'pone en onda' en la primera ocasión en que la fuman, aunque la fumen correctamente... La hipótesis fisiológica sugiere que para 'ponerse en onda' con la marihuana hay que haber adquirido una cierta sensibilización farmacológica. La interpretación psicosocial afirma que el uso repetido de la marihuana reduce la inhibición psicológica como parte o resultado de un proceso de aprendizaje".[6] Es evidente que una excesiva ansiedad por parte del fumador novato sobre los efectos de la marihuana, ansiedad inducida por el ambiente social, puede producir una fuerte inhibición inconsciente. Cuando el uso frecuente va reduciendo la ansiedad, desaparece la inhibición y se empiezan a producir los efectos psicológicos. De hecho, "es bien sabido que los consumidores de marihuana, al introducir a sus amigos a la droga, les 'enseñan' a sentir los efectos de la droga en la conciencia".[7] En cualquier caso, insistamos en que los efectos psíquicos de la marihuana dependen básicamente no sólo de la droga, sino de la disposición del individuo y del ambiente.

Con estas observaciones en mente, podemos reseñar algunos de los efectos psicológicos que puede causar la marihuana, tal como son indicados por los propios consumidores: distorsiones de la percepción, sobre todo visual, tactil y gustativa, cambios de las figuras corporales, distorsión sobre el sentido del tiempo... Por otro lado, "el estado de ánimo suele mejorar, y casi todos los individuos experimentan un estado de euforia. Es característico un sentimiento 'cósmico' junto a una tendencia a discutir problemas de filosofía profunda. A ratos, pueden producirse ataques de ansiedad y de miedo... Los rasgos básicos de la personalidad permanecen inalterados, pero otros aspectos más superficiales muestran un pequeño aumento en el sentido de relajamiento, desinhibición y confianza en sí mismo, a veces con una mejoría en la capacidad de establecer contactos sociales".[8]

Falta añadir que, según los datos existentes, la marihuana no produce adicción —física—, pero sí habituación —psíquica. La observación

4. Ver: WEIL, ZINBERG & NELSEN: **Clinical and Psychological Effects of Marihuana in Man**, en SCHMALTZ (Ed.): **Scientific Psychology and Social Concern**, Harper & Row, New York, 1971, pgs. 86-98.
5. WEIL, ZINBERG & NELSEN: **Op. cit.**, pg. 97.
6. WEIL, ZINBERG & NELSEN: **Op. cit.**, pg. 95.
7. WEIL. ZINBERG & NELSEN: **Op. cit.**, pg. 96.
8. JACOBSEN, ERIK: The Hallucinogens, en JOYCE (Ed.): **Psychopharmacology: Dimensions and Perspectives**, Tavistock Pub., London, 1968, pg. 195.



Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

clínica indica que el habituado rara vez aumenta su dosis, aunque sea un consumidor inveterado. Sobre el peligro de que la marihuana no sea más que un paso para otro tipo de drogas más fuertes hablaremos más adelante. En todo caso, las afirmaciones anteriores están sometidas a una seria revisión experimental. Existe muy poca o ninguna evidencia científica sobre los efectos fisiológicos que a largo plazo pueda producir la marihuana, y tan absurdos nos parecen los ataques basados en su nocividad fisiológica como las defensas incondicionadas que afirman su inocuidad. Lo más que se puede afirmar, de acuerdo con la experiencia clínica, es que el consumidor puede abandonar su hábito sin que la abstinencia le produzca serios efectos de desintoxicación. Pero las posturas extremistas —a favor y en contra— nos parece que reflejan mucho más los intereses y temores propios del opinante que la realidad objetiva.

Los **efectos del LSD** son diferentes, sobre todo en cuanto a la intensidad se refiere, y aquí sí existe un acuerdo bastante generalizado. Veámoslos, brevemente:

a. **Físicos:** El LSD produce una estimulación del sistema simpático —aumento de la presión sanguínea, aceleración del ritmo cardíaco, dilatación de las pupilas, los ojos "se salen" de las órbitas, piloerección e hiperglucemia. Al mismo tiempo, disminuye la fatiga y el sueño, y aumenta la temperatura corporal.[9] En cuanto a la actividad motora, los cambios son relativamente pequeños y no muy característicos. Según Jacobsen, el efecto parece ser trifásico: "depresión después de dosis pequeñas, excitación con dosis medianas, y nuevamente depresión con dosis grandes".[10]

b. **Psíquicos:** De acuerdo con el mismo Jacobsen, el consumo del LSD, tras una fase inicial, en la que se producen varios efectos que dependen del sistema autónomo, sigue otra, en la que se dan varias alteraciones sensoriales y amocionales. "Las alteraciones sensoriales consisten en: 1. distorsión de la sensación; 2. percepción de elementos sensoriales irreales; 3. imágenes fantásticas; y, 4. alucinaciones verdaderas y pseudoalucinaciones".[11] Con respecto a las distorsiones sensitivas, de carácter visual sobre todo, "ciertas impresiones parecen dominar y percibirse con mucha mayor intensidad que otras, por ejemplo, colores, especialmente el verde, el rojo o el azul, que aparecen extraordinariamente brillantes".[12] En cuanto a las fantasías, "son bastante comunes escenas de la tierna infancia. Su contenido no puede cambiar voluntariamente, pero varía con el humor, y puede ser agradable, neutral o atemorizador".[13] Junto a las alteraciones sensoriales, se producen cambios considerables en el estado de ánimo. "El efecto sobre el estado de ánimo es sobre todo eufórico, especialmente en una etapa avanzada, pero durante la primera fase puede experimentarse depresión, y posteriormente también durante períodos cortos. De vez en cuando se pueden sentir ataques repentinos de ansiedad o rabia, que desaparecen con la misma rapidez. En la cima de la experiencia, muchos individuos, sobre todo aquellos a quienes interesa la filosofía o el arte, pueden sentir que se les abre un nuevo camino y nuevas perspectivas sobre los problemas de la vida, circunstancia que explica gran parte del interés y popularidad que este tipo de alucinógenos tienen en ciertos círculos intelectuales. De ahí el término 'psicodélico' (que demuestra o amplía la mente) para este efecto".[14]

9. JACOBSEN: Op. cit., pg.187.
10. JACOBSEN: Op. cit., pg. 184.
11. JACOBSEN: Op. cit., pg. 180.
12. JACOBSEN: Op. cit., pg. 180.
13. JACOBSEN: Op. cit., pgs. 181-192.
14 JACOBSEN Op. cit., pg. 182.



Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

Añadamos que "la fuerte tolerancia a estas sustancias hace su consumo diario imposible, incluso con dosis crecientes. Son típicos euforizantes de fin de semana... De acuerdo a los datos reportados, su consumo frecuente lesiona los mecanismos de la homeóstasis psíquica, produciendo un aumento de inestabilidad emocional y de ansiedad; pueden reforzarse ideas falsas o paranoides, y no es raro que el resultado final sea una reacción psicótica".[15] El LSD es, por tanto, una droga sumamente peligrosa y no se puede equiparar sin más a la marihuana.

## 2. LOS CONSUMIDORES.

Todos los investigadores coinciden en afirmar que los efectos de la marihuana dependen no tanto de la droga misma cuanto de la personalidad del consumidor, así como del ambiente en que se toma. En otras palabras, se trata de un problema que hay que estudiar en su contexto, tanto histórico como social.

Desgraciadamente no disponemos de suficientes estadísticos sobre el número de consumidores de marihuana y mucho menos sobre la intensidad de su consumo. Luis Fernando Valero realizó en 1969 una encuesta acerca del uso de las drogas en el área de San Salvador. La encuesta se pasó a 412 personas de ambos sexos y de diferentes edades. He aquí los resultados: "El 18% afirma haber fumado marihuana. De los que han fumado, el 87% son varones, el 13% son hembras. El 74% afirma que fumó marihuana por curiosidad. El 7% por otras razones".[16] Sin embargo, el porcentaje de consumidores habituales resultó ser ínfimo, y apenas superaba al 2% de los encuestados.[17] En otra encuesta llevada a cabo por miembros de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de El Salvador, y cuyos resultados, desgraciadamente, no han sido publicados, parece que se obtuvieron datos muy semejantes.

Nuestra experiencia personal con universitarios nos hace llegar a conclusiones muy similares. Es decir, son muchos los universitarios que, en una u otra ocasión, han probado la marihuana. Pero el número de aquellos que la fuman periódicamente y de quienes se puede afirmar que poseen ya una habituación es extremadamente pequeño. En una población universitaria como la nuestra, se podría afirmar —de una manera puramente estimativa— que el porcentaje de los habituados no sobrepasa el uno o, máxime, el dos por ciento. Ahora bien, incluso este dato estimativo sería realmente impresionante —aun admitiendo un fuerte margen de error posible— si la población estudiantil fuera representativa de la población juvenil de nuestras naciones. Pero todos sabemos que el porcentaje de estudiantes universitarios con respecto a los jóvenes que no lo son es verdaderamente ínfimo (1.2% aproximadamente). Se trata, por tanto, de un problema que **no es realmente un problema nacional.** Todo lo más, es un problema que afecta a una determinada capa social, precisamente aquella que, dada su situación económica, puede llegar a las aulas universitarias. Un simple cálculo económico sobre el costo de la marihuana elimina automáticamente como consumidores potenciales a miles de jóvenes centroamericanos, sobre todo campesinos, que no pueden ni soñar en esa capacidad adquisitiva.

15. JACOBSEN: Op. cit., pgs. 193-194.
16. VALERO IGLESIAS, LUIS FERNANDO: **Las drogas.** Artículo publicado en la sección "Escuela para padres" del diario El Mundo, San Salvador, 10 de diciembre de 1969.
17. Dato proporcionado en comunicación personal por el autor de la encuesta.



Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

Si de los cientos de jóvenes que, por una u otra razón, han probado la marihuana sólo unos pocos mantienen el hábito; si, por otra parte, el efecto de la marihuana depende de una manera tan esencial de la personalidad, motivación y ambiente del consumidor, hay que llegar a la conclusión de que el consumo de la marihuana no constituye un problema de por sí, sino **un síntoma.** No hay que confundir el dolor con la lesión que lo produce; un dolor de cabeza, por ejemplo, puede provenir de causas muy diversas, y eso lo saben muy bien médicos y psicólogos. Por lo mismo, ante el síntoma del consumo de la marihuana cabe preguntarse cuáles son las razones que inducen al consumidor a buscar esta dependencia. En su estudio sobre **La marihuana en Centroamérica,** Carlos Cifuentes Díaz afirma que "cuando vemos a un adolescente consumiendo marihuana debemos preguntarnos: ¿Qué niñez ha tenido? Seguramente en su historia encontraremos una serie de fraudes y traumas que pueden explicar su conducta antisocial. En el suelo centroamericano existen las más variadas causas que conducen a situaciones propicias para traumatizar a la niñez, a las que, sin duda se suman las influencias ambientales, dietéticas, etnológicas, sociales, económicas y otras".[18]

Tratemos de interpretar clínicamente los síntomas del consumidor de marihuana.[19] En la etiología de su habituación podemos distinguir tres fases: 1) las causas dispositivas; 2) las causas desencadenantes; y 3) el establecimiento de la habituación.

## 2.1. CAUSAS DISPOSITIVAS.

### a. Un hogar deshecho.

Prácticamente todos los casos de habituados a la marihuana que hemos conocido directa o indirectamente proceden de hogares problematizados en una u otra manera. No es raro que falte el padre y, menos frecuentemente, la madre. Por supuesto, en esta situación se encuentran aquellos hogares en los que los padres se han divorciado o separado. A veces, aun cuando ambos progenitores estén presentes, se encuentran muy desunidos. El niño ha tenido que ser testigo, una y otra vez, de discusiones, peleas, gritos, golpes... No es raro tampoco que el padre o la madre sean fuertes consumidores de alcohol. Creemos que existe una cierta correlación positiva entre el consumo de alcohol paterno y el consumo de marihuana filial, pero no disponemos de ninguna investigación fiable que pueda avalar esta hipótesis. Muy frecuentemente, el hijo ha tenido que contemplar "aventuras" paternas y, no rara vez, la presencia más o menos disimulada de una amante. En pocas palabras, la primera causa dispositiva para el consumo de la marihuana es un hogar deshecho.

En estos hogares, el niño no recibe el cariño, la atención, el impacto psíquico necesario para la configuración sana de su psiquismo. Como los padres consumen gran energía en el mantenimiento de sus "relaciones", les queda muy poca o ninguna para dedicar a los hijos. Y como no hay un amor entre los progenitores, el hijo no recibe este moldeamiento psíquico amoroso que sólo puede ser consecuencia de la unión paterna. De hecho, según el estudio del Dr. Cifuentes, en una encuesta llevada a cabo entre los alumnos del Liceo "Rodrigo Facio" de San José (Costa Rica), se

18. CIFUENTES DIAZ, CARLOS: **La marihuana en Centroamérica.** Secretaría General de la ODECA, Serie de informes técnicos, nº 1. Depto. de Salud, octubre de 1970, pgs. 102-103.
19. Ver: ARROYO LASA, JESUS: **Reflexiones sobre psicología social.** Univ. José Simeón Cañas, San Salvador, 1971, pgs. 87-88.



Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

señalan como causas principales que llevan al consumo de la marihuana la desorganización familiar, los hogares incompletos, el abandono de los padres, las desaveniencias conyugales, junto con la incapacidad paterna para afrontar los cambios de la vida moderna, la crisis de autoridad y de valores, etc.[20]

b. **Un ambiente frustrador.**

El ambiente que recibe el individuo más allá de las paredes del hogar es un ambiente alienado, cosificado, materialista. La principal preocupación la constituyen el dinero y las cosas, quedando relegadas las personas a un papel de comparsas, en el que se las mide por su valor funcional, su valor en el mercado —sea éste el mercado del prestigio social, de las influencias, del dinero, etc. Un individuo que proviene de un hogar desecho y que pretende encontrar en este ambiente una compensación a sus carencias psicológicas, está abocado a un conflicto profundo, sin solución para él, que culmina en un sentimiento frustrador. Tampoco el ambiente le ofrece un cariño desinteresado, sino un afecto egoísta; tampoco el ambiente le mide y le valora por su persona, sino por su tener, por su "oferta" y su "precio". No encuentra ideales, horizontes de quehacer social, campo donde desarrollar sus potencialidades más propias, y sí rutinas y ritos, ocios borreguiles, estimulaciones depresivas. La frustración hogareña llega a ser, en lo más profundo del inconsciente (cuando no también en la conciencia), una frustración social.

c. **Una educación inhibidora.**

En realidad, esto no constituye una nueva fase, sino un proceso que se da tanto en la casa paterna como en el ambiente social, sobre todo en la escuela. Nuestro sistema educativo tiende a reforzar las instancias censoras, represivas. Desde el comienzo, el niño tiene que ocupar una postura puramente receptiva: él es el que no sabe, el que no puede, el que tiene que aprenderlo todo. Claro que esto es así, al menos en cierto sentido; pero el problema es que, a partir de esta realidad, se pretende infundirle el saber y el poder de un modo puramente reactivo y —como diría Freire— bancario, más apegado al NO que al SI, a través de una relación vertical y, no pocas veces, abiertamente opresora. Las normas de conducta, la moral, la misma religión se le imponen a través de imperativos coartadores y no a través de horizontes liberadores. Todo esto, que constituye el entramado de una educación represiva, va inhibiendo la creatividad del niño, la confianza en sus propias capacidades, así como su sentido de la responsabilidad. El niño aprende que el éxito se consigue más mediante la imitación, la receptividad y la pasividad que a través de la originalidad, la creación y la actividad. Mas esto no se produce sin una fuerte represión de los instintos de la persona. Y, no lo olvidemos, estos instintos no mueren: siguen vivos y activos en el inconsciente. Vivos, activos y frustrados.

**Análisis de las causas dispositivas.**

El desarrollo de una personalidad psicológicamente sana exige una satisfacción básica de sus necesidades fundamentales, es decir, alcanzar un bienestar psicodinámico mínimo. Según Arroyo,[21] este bienestar comprende cuatro aspectos: biológico, emocional, social y existencial. Los cua-

20. CIFUENTES: **Op. cit.**, pgs. 87-88.
21. Ver: ARROYO LASA, JESUS: **Esquemas de psicología dinámica.** Univ. José Simeón Cañas, San Salvador. 1971. pgs. 87-111.



Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

tro están profundamente intrincados e, históricamente, se cimentan los unos sobre los otros.[22] Supuesto el bienestar biológico, el desarrollo y consiguiente bienestar social y existencial depende del bienestar emocional. Son cuatro los sentimientos básicos de la personalidad: sentimientos de satisfacción, de seguridad, de pertenencia y de significado. Los dos primeros constituyen la dinámica afectiva del yo en cuanto individuo, mientras que los dos últimos constituyen la dinámica afectiva del yo en cuanto persona social.

Si analizamos las circunstancias en que se ha desarrollado la personalidad del consumidor de marihuana, llegamos a la conclusión de que se ha producido una frustración de estos sentimientos básicos y, por tanto, no se ha podido alcanzar el bienestar mínimo requerido para constituir una personalidad psicodinámicamente sana. El niño ha quedado herido y marcado en la base de su ser, en lo que Rof Carballo llamaría la urdimbre primaria.

Al no obtener una satisfacción afectiva adecuada ni una seguridad suficiente, se produce una deficiencia seria en la **identidad del yo.** Diríamos que el raciocinio psicodinámico del niño es el siguiente: a. Mis padres no me quieren ni me protegen; b. Esto quiere decir dos cosas: ellos no son buenos, por un lado, y, por otro, yo valgo tan poco que ni siquiera merezco su atención y su cariño; c. Si ellos son malos y además no me quieren, yo tampoco les quiero a ellos; d. Pero, si yo valgo tan poco, yo mismo no soy merecedor de mi cariño. La consecuencia: el niño rechaza a sus padres y se rechaza a sí mismo. ¿Y entonces? Entonces el yo no tiene asiento ni en sí ni en otros; sencillamente, no se encuentra a sí mismo, no halla un terreno en el que establecer la dialéctica de su identidad personal. La energía psíquica que lógicamente debería fortalecer al yo y a las primeras relaciones familiares, queda bloqueada. Esta energía es lo que, según Freud, explica la angustia.

En términos psicoanalíticos podemos afirmar que se produce un **fracaso en la etapa oral,** es decir, en la primera etapa de la organización de las pulsiones instintivas que, según Freud, se encuentra centrada en la zona bucal. Durante esta etapa, se produce una polarización de todas las necesidades, demandas y deseos del individuo con respecto a la madre quien, al dar o negar al niño el alimento y calor de su seno, le satisface o frustra, le premia o castiga y, por tanto, colma su libido o desata su agresividad. El hecho de que sea la misma persona —la madre o la figura maternal equivalente— la primera fuente de satisfacciones y de frustraciones, produce los sentimientos ambivalentes de la persona que, al ser introyectados, dan origen al narcisismo primario infantil, también ambivalente. Un fracaso en esta primera etapa oral, hará que el individuo quede fijado a ella, a la espera de esas primeras gratificaciones narcisistas —gratificaciones orales— que nunca recibió y que constituyen la base sobre la que se ha de fundamentar un yo psicológicamente sano. Una frustración oral engendra la presión de un inconsciente insatisfecho, es decir, la angustia. Esta angustia se traducirá luego en un carácter inquieto, agresivo y rebelde. Pero anotemos también de paso que un exceso de gratificaciones primarias, sin el necesario aprendizaje de la restricción, puede llevar a los

22. Se podría establecer una comparación entre estos cuatro aspectos del bienestar psicodinámico de la personalidad y la jerarquía de las necesidades humanas, tal como la ha desarrollado Maslow: necesidades fisiológicas, necesidades de seguridad, necesidades de amor y pertenencia, necesidades de estima y necesidades de autorrealización. Ver, sobre todo, **MASLOW, ABRAHAM H.: Motivation and Personality,** Harper & Row, New York, 1954. Hay traducción castellana, publicada por Ed. Sagitario, Barcelona.



Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

mismos resultados. Un infante excesivamente mimado, al que se satisface tanto en sus demandas justas como en sus exigencias excesivas, corre también el peligro de quedarse fijado a la etapa oral, no por anhelar las gratificaciones no recibidas y necesarias para su desarrollo, sino por haberlas encontrado todas, lo que convierte a esta etapa en el paraíso anhelado por el ello. El niño supermimado y superprotegido suele convertirse en un joven perpetuamente insatisfecho y tiránico. Esto explica que también él pueda sentirse inclinado al consumo de la marihuana.

Pero el proceso no termina en las primeras etapas. Como hemos visto, tampoco el ambiente que acoge al individuo le resulta gratificante. Tampoco el mundo le ofrece una satisfacción lo que, de hecho, engendra una segunda crisis, ésta en la **identidad social.** El individuo rechaza en lo más profundo de su ser a ese mundo, con el que no se puede identificar. "Diríamos que sufre una disociación 'esquizo-afectiva' con la sociedad. La sociedad ha sido incapaz de ofrecer el apoyo y la aceptación para engendrar esos sentimientos de pertenencia y significado".[23]

A través de todo este desarrollo, la familia y la sociedad proporcionan al inviduo un superyo riguroso, censor y amenazante, pero no modélico. El individuo no consigue un modelo maduro de identificación psíquica, sencillamente porque las imágenes externas que se le ofrecen y que él va introyectando son imágenes negativistas. Al no configurarse estos modelos de identificación, que constituyen precisamente los canales por los que el individuo debe encauzar su evolución, el individuo queda desarmado frente a la vida. Diríamos que carece de padre, con todo, lo que esto significa desde el punto de vista psicoanalítico. Lo que importa, psicológicamente hablando, no es tanto la presencia o ausencia física del padre, cuanto la vivencia psíquica del niño. Existen muchos padres presentes físicamente en el hogar, pero ausentes en la vivencia de sus hijos. El yo de estos niños, sin apoyo en sí mismo, inundado por la angustia —presión del inconsciente—, y sin una luz que le muestre el camino de la evolución psíquica —opresión del superyo—, va a ansiar un regreso total al origen protector, una "vuelta al seno materno", como ciertos psicoanalistas han dicho con frase arriesgada. Este yo inerme y ansioso, incapaz de afrontar la existencia por sí mismo, a la búsqueda desesperada de cualquier apoyo emocional, intentará regresar tan pronto como pueda a su etapa oral, cuyas gratificaciones narcisísticas sigue anhelando. Es decir, cualquier circunstancia propicia puede impulsar al individuo a una regresión oral. Y la circunstancia se presenta.

## 2.2. CAUSAS DESENCADENANTES

Los motivos que se suelen aducir como origen del consumo de la marihuana no son, como ya podemos comprender, las causas profundas. Son más bien las causas desencadenantes, es decir, aquellas circunstancias que ligan esa personalidad insegura y angustiada del individuo con la oportunidad propicia y el ambiente inductor. De hecho, estas causas empiezan a actuar en el período de la adolescencia —entre los trece y los diecisiete años, aproximadamente—, cuando el individuo ha de afrontar su integración en la sociedad como persona adulta.

Por consiguiente, hemos de distinguir entre los motivos manifiestos, que son aquellos que el individuo persigue conscientemente y hasta no

23. ARROYO: **Reflexiones sobre psicología social**, pgs. 35-36.



Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

tiene inconveniente en declarar, y aquellos motivos latentes, que son las vrdaderas razones de fondo de su ingreso en el mundo de la droga.

a. **Motivación manifiesta.**

Cuatro son los principales motivos que se suelen indicar para el consumo de la marihuana: la curiosidad, la presión del grupo, la búsqueda de la tranquilidad y la protesta.

Ante todo, la **curiosidad.** Es la más inocua de las motivaciones. Ciertamente la curiosidad puede tener una razón de ser profunda, muy ligada a la represión que la sociedad ejerce sobre ciertas tendencias del individuo. Es bien sabido por todo educador que uno de los mejores métodos —aunque no recomendable— para hacer atractivo algo a un niño, e incluso a un joven o a un adulto, es prohibírselo. Cualquier tabú social goza de un gran atractivo para el inconsciente de las personas. Sin embargo, es un hecho que la mayoría de quienes fuman marihuana movidos por la curiosidad, no vuelven a incidir, o sólo lo hacen esporádicamente. Roto el velo sagrado, la experiencia no les ofrece una mayor recompensa, y sí serias amenazas, derivadas de la oposición social.

Un segundo motivo, éste de mucha mayor envergadura, es la **presión grupal.** El joven fuma marihuana para sentirse perteneciente a un grupo que le atrae y le ofrece calor y comprensión. La marihuana es como el vínculo que liga a estos jóvenes y les da identidad grupal; es, a la vez, la contraseña y el dinamismo esotérico que los une frente a los demás Cabe observar que, paradójicamente, un análisis fenomenológico muestra cómo el individuo, aunque se encuentra en un grupo mientras fuma marihuana no se encuentra **con** los otros, sino más bien aislado, sumido en su propio placer narcisista.

Un tercer motivo lo constituye la **búsqueda de tranquilidad.** El individuo, débil y angustiado, se siente impotente frente a los problemas de su vida. La marihuana le ofrece la oportunidad de levantar su estado de ánimo, de sentirse eufórico, en paz consigo mismo y con el mundo entero. Lo que él no puede conseguir por sus propias fuerzas, la marihuana se lo ofrece sin ningún esfuerzo.

Un cuarto motivo es la **protesta.** El individuo sabe que la sociedad establecida condena pública y formalmente el uso de la marihuana. Pero él rechaza esta sociedad, a la que no se siente integrado. Como en sí mismo no encuentra fuerzas para una oposición seria, acude al expediente de la marihuana como signo y prueba de su rebeldía. Esta motivación puede tener cierta importancia en algunos casos aislados pero, las más de las veces, constituye una racionalización, es decir, una justificación consciente de motivos inconscientes. No es raro encontrar que el fumador de marihuana rebelde defiende toda una 'filosofía liberadora", en la que la marihuana o la droga en general ocupa un puesto importante.

b. **Motivación latente.**

Los motivos manifiestos no son más que la capa que recubre el fondo desencadenante del consumo de marihuana. Porque lo que en realidad busca el individuo es negar la realidad frustradora y obtener así una satisfacción rápida y segura de sus necesidades básicas narcisistas. La motivación latente persigue, pues, un doble objetivo: negación de la realidad y satisfacción narcisista.



Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

En primer lugar, **negación de la realidad.** Se trata de borrar la existencia del mundo, de suprimir los conflictos del individuo con su ambiente, de transformar la situación existencial de la propia vida y, por tanto, de evadir la propia responsabilidad. De hecho, la distorsión perceptiva a que da lugar la marihuana desplaza la atención hacia los estados anímicos superficiales, con lo que los propios problemas y conflictos pasan a un segundo plano. La realidad, transmutada por la magia de la química, deja de ser una realidad frustradora, deja de ser la realidad, y el individuo se encuentra transportado por arte de birlibirloque a un mundo paradisíaco, en el que lo que cuenta son los colores, las formas sorprendentes y los recuerdos agradables.

Junto a la negación de la realidad está la **satisfacción de los sentimientos básicos narcisistas.** Se suprime el mundo, pero se le suprime de una manera maníaca, eufórica. Es el "paraíso recuperado". Al fumar la marihuana, el individuo recibe una fuerte gratificación narcisista, emocional, ya que la realidad conflictiva desaparece del horizonte perceptivo. Esto engendra un sentimiento de seguridad, pues el desplazamiento de la percepción supone también un apartamiento con respecto a la angustia. No es que la angustia desaparezca: la existencia de los "malos viajes", o las irrupciones repentinas de ansiedad y miedo, muestran que sigue presente. Pero los efectos positivos de la marihuana permiten su marginación temporal. Por otro lado, la ambientación social así como ese sentimiento "cósmico" que tan frecuentemente se experimenta mientras se está "en onda" satisfacen los sentimientos de pertenencia y de significado. En conclusión, el individuo establece durante esos momentos la paz consigo mismo y con el mundo.

### Análisis de las causas desencadenantes.

Es evidente que la marihuana satisface la tendencia a escaparse que el individuo experimenta con respecto a la realidad. Sabemos que uno de los mecanismos de defensa del yo más comunes ante un conflicto irresoluble es el escape, la huída. No hace falta que esta huída sea física, aunque a veces lo llegue a ser. La negación de la realidad, la fantasía, el desplazamiento, etc. no son sino formas de rehuir el afrontamiento de un conflicto. El individuo no encuentra fuerzas suficientes en su propio psiquismo como para afrontar la realidad objetiva y entonces acude al expediente del escape. Esto en nada cambia la realidad; pero el individuo se cambia a sí mismo y, así, su situación en la realidad. En otras palabras, se aliena en la huída.

El escape tiene por tanto dos dimensiones: escape de la realidad (de sus elementos frustradores y hostiles) y escape de sí mismo (de la presión del inconsciente, generadora de angustia). Esta huída bidimensional se realiza por medio de la regresión a la etapa oral. La marihuana —ya lo hemos visto— va a suministrar al individuo aquellas gratificaciones que, por ausencia o por exceso, su inconsciente sigue anhelando; va a satisfacer aquellos sentimientos básicos de bienestar emocional, seguridad, pertenencia a un grupo y hasta una felicidad lo suficientemente grande como para dar "un sentido" a su vida. Claro que todas estas gratificaciones no pasan de ser vivencias subjetivas; pero esto es lo que cuenta para el psiquismo.

La gratificación oral que suministra la marihuana produce una inflación del yo de carácter narcisista. El yo se siente desinhibido, lo cual libera la tensión del inconsciente y, por tanto, la desaparición subjetiva de



Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

la angustia. Esto pacifica y da seguridad al yo que, mientras duran los efectos de la droga, no tiene que afrontar ni sus propios conflictos ni la presencia de la realidad frustradora. En este sentido, el individuo empieza a considerar la marihuana como un modelo de identificación, narcisista y simbiótico, ciertamente, pero suministrador de todo aquello que la realidad le ha negado. De aquí a la habituación no hay más que un paso.

### 2.3. LA HABITUACION.

Es la consecuencia lógica de las causas dispositivas y de las causas desencadenantes. Como la realidad no cambia ni el individuo hace nada realmente serio para cambiarla, se mantiene los factores que le han impulsado hacia la marihuana. La satisfacción obtenida con el consumo hace que el yo delegue en la droga su responsabilidad. En la marihuana encuentra todo lo que el mundo le ha negado: satisfacción, seguridad, sentido, es decir, "plenitud" narcisista. Hasta la misma modalidad del fumar nos está indicando que se trata de una "plenitud" oral. Cada fumada afianza más el hábito, la dependencia psíquica de la droga. El individuo se acostumbra a buscar en la marihuana la "solución" a todos sus problemas; ella se los resuelve sin ningún esfuerzo. Bien es verdad que, de vez en cuando, no consigue los resultados apetecidos. Pero las gratificaciones compensan con creces los posibles fallos. Lo mismo se diga de los nuevos conflictos sociales que el uso de la marihuana le ocasionará. Desde el momento en que la marihuana ha pasado a constituir un modelo de identificación narcisista —por analógico y alienante que sea— el individuo no se saldrá de los raíles que le ofrece. En términos psicoanalíticos diríamos que el individuo encuentra en la marihuana la fortaleza y seguridad del padre junto al cariño y el bienestar de la madre. ¿Qué más puede desear?

Mas quizá no termine todo ahí. Desde el punto de vista de la adicción fisiológica no parece existir ninguna razón que conduzca al individuo de la marihuana al LSD o a alguna otra droga más fuerte, como los opiáceos. Sin embargo, la habituación a la marihuana, es decir, la dependencia psíquica sí puede impulsar al individuo a dar ese paso. La satisfacción narcisística lograda puede llevar al individuo a buscar "satisfacciones mayores". Ahora bien, esa desinhibición yoica obtenida mediante la droga, esa liberación del inconsciente bajo el influjo de sustancias químicas, puede conducir a una total desintegración del yo, es decir, a la aparición de síntomas psicóticos de carácter más o menos esquizofrénico. Cuando a un yo problematizado se le exime sistemáticamente de sus responsabilidades, se corre el peligro de enajenarlo totalmente. De hecho, cada vez parece más claro que existe una relación muy estrecha entre la esquizofrenia y las frustracions de la etapa oral, en la medida en que dejan inerme al yo frente a sí mismo —sus propios impulsos— y frente a la realidad. No es que el fumar marihuana conduzca de por sí a la esquizofrenia; pero, dada la personalidad del consumidor, sí puede ser la habituación a la marihuana el comienzo de una cadena que culmina en la desintegración psíquica total.

## 3. LA SOCIEDAD Y LAS DROGAS.

Hemos examinado la psicodinámica de la habituación a la marihuana desde el punto de vista del consumidor. Conviene que hagamos, para terminar, algunas consideraciones de orden sociopsíquico, es decir, que contemplemos brevemente el problema en su contexto global.



Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

## 3.1. LA SOCIEDAD QUE GENERA CONSUMIDORES.

De acuerdo con nuestro análisis, la raíz última que alimenta la formación de drogadictos lo constituyen ciertas estructuras sociales: la familia, el medio ambiente, el sistema educativo. Ahora bien, no se trata de estructuras secundarias, sino de pilares fundamentales de nuestra sociedad, pilares resquebrajados que debilitan el edificio entero. El consumo de drogas constituye, por tanto, un síntoma que apunta a una sociedad enferma. El fracaso de la familia, el fracaso de la educación, constituyen manifestaciones de un fracaso más profundo :el fracaso de la comunicación humana que, según John Dewey, es la esencia de la estructura social. Si la comunicación humana fracasa es que nuestras relaciones sociales están viciadas a la base. Están, dicho en otros términos, alienadas. Nuestras relaciones se configuran no según un modelo interpersonal, sino según el modelo laboral, lo que implica que nos medimos no por lo que somos, sino por el trabajo que desempeñados, es decir, por nuestro "valor" en el mercado de la producción. Con ello nos cosificamos los unos a los otros y, por tanto, cosificamos la sociedad.

Castilla del Pino ha analizado este problema en un denso y bello libro, **La incomunicación.** De acuerdo con su hipótesis, la incomunicación es la expresión de la "anomia". "En última instancia, cualquiera estructura social caracterizada por la presencia fundamental de un (o unos) grupo dirigente y un (o unos) grupo dirigido, ha de conformarse de acuerdo a pautas disgregadoras, descohesivas. Ésta es la **anomia.** La conducta anómica es una pauta de comportamiento relativamente uniforme, suscitada con carácter inmediato por una estructura social competitiva (pasajera o permanentemente) y que conlleva la disociación entre las aspiraciones manifiestas y las aspiraciones latentes".[24]

Hay, por tanto, una graduación: la competencia produce la anomia; la anomia disocia las aspiraciones manifiestas y las aspiraciones latentes; esta disociación hace fracasar toda posible comunicación. Pero no olvidemos que la competencia nace de una sociedad dividida en dos grandes grupos, opresores y oprimidos, y esta división, según la acertada tesis de Marx, surge de una alienación en las relaciones laborales. Es muy posible que este encadenamiento parezca a algunos demasiado simplista. Pero, acogiéndonos a la bella imagen de Rof Carballo, esta simplicidad es similar a la que produce el microscopio, que va dejando en un segundo plano borroso una serie de elementos a fin de concentrarse en los puntos claves y hacer claridad sobre ellos.

El fracaso en la comunicación —ya lo hemos visto en el caso de los consumidores de marihuana— aisla y frustra. ¿Qué de extraño, entonces, que se busquen compensaciones y escapes? Toda nuestra organización social del ocio no es. en última instancia, sino un ingente esfuerzo por compensar al individuo de sus frustraciones y prepararle para soportar más. Paulatinamente se va abriendo la mano: espectáculos, turismo, velocidad. sexo... Y, en casos extremos, siempre queda el recurso a la droga, llámese estimulante, estabilizador, alcohol o marihuana.

## 3.2. DEL ALCOHOL A LA MARIHUANA.

Nos planteábamos, al comienzo de estas páginas, unas preguntas. Ahora ya disponemos de ciertos elementos de respuesta.

24 CASTILLA DEL PINO, CARLOS: **La incomunicación.** Ed. Península, Barcelona, 1970, pgs. 24-25.



Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

Ante todo, es cierto que muchos jóvenes optan por la marihuana; pero también lo es que otros muchos —estadísticamente, muchos más— lo hacen por el alcohol. Con esto no justificamos la marihuana, pero tampoco el alcohol. Conviene tener esto muy presente puesto que, en definitiva, lo que se les está reprochando a los jóvenes no es tanto que busquen un escape, cuanto que busquen un escape socialmente condenado.

Pero, ¿por qué los jóvenes, sobre todo aquellos pertenecientes a los estratos socio-económicos más favorables, parecen preferir cada vez más la marihuana al alcohol? La respuesta ya está implícitamente dada en lo dicho hasta ahora. Supuesto el fracaso en la comunicación interpersonal, supuesta la frustración del individuo y, por tanto, la necesidad de escape, es lógico que éste siga el camino que reporta más "beneficios". No debemos olvidar que, en el caso del consumidor de marihuana, uno de los grandes resortes para su conducta escapista lo constituye el rechazo a la sociedad establecida, al mundo de los adultos que tan mal ha respondido a sus necesidades. Es comprensible, por tanto, que el joven opte por un tipo de escape con el que, al mismo tiempo, está consiguiendo herir a la estructura social. Se trata de una venganza inconsciente, y un rechazo no tan inconsciente. Una venganza masoquista, ya que para herir a la sociedad tiene que herirse a sí mismo. Pero venganza, a fin de cuentas.

Por otro lado, el consumo de la marihuana comienza por lo general en el período de la adolescencia. El joven, seriamente perturbado en su identidad personal y social, necesita afirmarse. Como no puede fundar su afirmación a partir de su propio yo, la funda en la rebeldía. El joven no consigue una identidad consigo mismo sino a costa de afirmarse contra los adultos. En este proceso juega un gran papel el grupo de sus mayores. Y no olvidemos tampoco que muchos adultos tratan de sacar provecho de esta rebeldía —comercio, modas, publicidad...

Hay todavía otra posible razón de por qué hoy los jóvenes eligen la marihuana con preferencia al alcohol. Según Laurie, "parece que los individuos eligen la droga que refuerza su manera específica de controlar" los impulsos sexuales y agresivos.[25] De hecho, tanto el alcohol como la marihuana son desinhibidores. Pero, por lo que parece, mientras el alcohol desinhibe agresivamente, la marihuana lo hace pacificadoramente. Quizá los adultos necesiten liberarse de una serie de inhibiciones a fin de poder dar suelta a sus impulsos sexuales y agresivos; ciertamente los jóvenes, para quienes el sexo ha dejado de constituir un tabú, y a quienes la sociedad incita a ser agresivos en la competencia social, anhelan otros horizontes. Precisamente esos horizontes que nuestra sociedad materialista es incapaz de ofrecerles.

Y ahí está quizá la razón del escándalo social ante el fenómeno de la marihuana. La sociedad establecida comprende muy bien que la juventud no comulga con su doblez, con su moral farisaica y formalista, con su materialismo rastrero, con su alienación. Siente que en la marihuana se ponen al descubierto sus lacras. A fin de cuentas, nadie da lo que no tiene. Y si los jóvenes acuden a la marihuana es porque les proporciona sustitutivamente algo que la sociedad de sus mayores no les da: afecto, seguridad, pertenencia, sentido. La marihuana les proporciona un modelo de identificación, una figura paterna que los sostiene y consuela, una experiencia que les permite solucionar sus conflictos, así sea de una manera cuasi-alucinatoria. ¿No afirman unánimemente los psicoanalistas que nuestras sociedad es una "sociedad sin padres"?.

25. LAURIE: Op. cit., pg. 45.



Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

La marihuana es un síntoma que revela a una sociedad enferma. Pero también lo es el alcohol. Es muy posible que el día de mañana la marihuana sea aceptada social y legalmente. En Estados Unidos no parece que ese día esté tan lejos. Hasta cabe pensar que ese día supondrá un "beneficio" —¡magro y triste beneficio!— para la estructura social, ya que la marihuana es menos nociva que el alcohol. Pero todo esto es secundario. En definitiva, lo que importa, el centro del problema no está en la disyuntiva entre el alcohol y la marihuana, que no es sino una disyuntiva entre dos formas de alienación escapista. El problema está en nuestra estructura social, esa estructura unidimensional, incapaz de lograr una comunicación interpersonal. Mientras la sociedad esté enferma, alienada, mientras la sociedad sea un generador de frustración y de escapismo, el alcohol, la marihuana o cualquier otra droga serán necesarias. Y eso es lo grave. Lo trágicamente grave.



Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas